

Edgar Roy Ramírez

Repensando el humanismo

Summary: *The paper deals with the conditions for the term "humanism" to cease as an euphonic and concealing term.*

Resumen: *Se trata de plantear las condiciones en las que el término "humanismo" deje de ser un término eufónico y encubridor.*

Un problema que es preciso tener presente cuando se reflexiona en torno al concepto de "humanismo", es el abuso que se ha hecho del término. Hasta tal punto esto es así que en un momento se hablaba de humanismo cristiano, humanismo liberal, humanismo marxista, humanismo existencialista, humanismo personalista y humanismo científico. Muy poco parecía quedar por fuera, casi que cabía la pregunta ¿qué cosa no era humanismo?. Tal laxitud conceptual apunta a que el término es eulógico y eufónico. Es un término carga-

"Sin educación no hay humanismo. Sin este último no habría educación, sino instrucción".

R. Catalá.

"Hoy, como ayer, el humanismo es pensamiento, actitud y acción que sirven al ser humano... Un humanismo sin ciencia y neutral es inoperante; una ciencia sin humanismo es peligrosa".

M. Bunge.

"Tomemos, pues, el trabajo en toda su extensión - y no en la aceptación estricta que el dinero le ha dado-, el trabajo humano, a sus tres niveles: fabricación, educación y creación".

J.M. Domenach.

do positivamente desde el punto de vista valorativo, por lo que no se quiere quedar por fuera de él. Pero si tanto se incluye en el humanismo entonces podemos pensar que ha experimentado una inflación conceptual.

No obstante y a pesar de tal situación, no parece ser gratuito reflexionar en torno a los rasgos, valores y acciones que pueden contribuir a recuperar la dignidad, tantas veces pregonada como tantas veces negada, del ser humano, así como destacar las modificaciones conceptuales que experimenta el término.

Para empezar a precisar cuestiones cabe hacerse la pregunta siguiente: ¿A quién se va a incluir como seres humanos?. Tal interrogante no es ociosa por cuanto en otras épocas cuando se ha hablado del ser humano se hacía referencia a los hombres libres con exclusión de los esclavos, comerciantes, extranjeros, mujeres, niños y niñas; o se hacía refe-

rencia a los europeos con exclusión de los indígenas americanos; o se hacía referencia a los nobles con exclusión de los trabajadores y burgueses; o se hacía referencia a los burgueses con exclusión de los trabajadores; o se hacía referencia a los blancos con exclusión de los negros; o se hacía referencia a los varones con exclusión de las mujeres; o se hacía referencia a los adultos con exclusión de los niños.

Por ello, en este momento y después de múltiples declaraciones de derechos, con el avance del conocimiento, el desarrollo de la conciencia ética, la extensión o alcance del término "ser humano" es preciso que incluya a niñas, niños, hombres, mujeres sin importar la edad, la nacionalidad, la etnicidad, el color de la piel, el nivel de riqueza, la inteligencia, los gustos, las ideas. Se gana en humanidad al aceptarse que las mujeres, los indígenas, los negros, los judíos, los gitanos, los prisioneros, los niños, los viejos, los pobres, los débiles son también seres humanos. Teniendo esto en cuenta, se entiende la afirmación "todos los seres humanos son iguales". Lo que se quiere decir es que son igualmente seres humanos y que las diferencias superficiales o profundas entre ellos no pueden dar lugar a ninguna forma de discriminación. El reconocimiento de tal igualdad es el fundamento de la dignidad: trato no discriminatorio.

Por primera vez, el humanismo requiere repensarse porque la evolución del pensamiento, de la acción y de los problemas enfrentados obligan a que la atención no se restrinja al ser humano. En otras palabras, en la actualidad para ocuparnos del bienestar e intereses del ser humano, para atender al despliegue de sus potencialidades positivas, para contribuir a su fortalecimiento, el humanismo ha de tener presente que sin ocuparnos de la naturaleza poco futuro de una vida con calidad puede esperarse. Los tiempos gloriosos de la transformación de la naturaleza ya pasaron, no cualquier intervención es ahora deseable. La naturaleza no es algo que está allí y que nos enfrenta, somos parte de ella aunque nos hayamos creído independientes, y dependemos de sus mecanismos sostenedores de la vida. De aquí se sigue que el deterioro del entorno entraña pérdida de calidad de vida, deterioro de nosotros mismos: el deterioro natural es deterioro social. Es preciso, en consecuencia, vincular la ecología y la justicia.

La preocupación genuina por lo humano pasa por la protección y recuperación de variados mecanismos naturales. La conclusión parece ser: somos importantes, pero no los únicos importantes;

importancia no quiere decir exclusividad. Nuestra vida, por lo demás, no es viable sin todas esas otras dimensiones que sostienen la vida en general y le dan belleza. El humanismo no tiene por qué reducirse al antropocentrismo. Aún más, el cuidar la naturaleza puede mostrarnos que ésta puede convertirse en fuente de posibilidades de florecimiento humano, asimismo, mostrarnos que el empobrecimiento de la naturaleza implica normalmente un empobrecimiento humano.

Es urgente que el humanismo busque que el ser humano no solo sienta pasión por la verdad, el descubrimiento y la creación (ya de por sí sumamente importantes), sino que también la sienta por la justicia. Tal orientación apunta hacia un desarrollo del conocimiento, la sensibilidad artística y la solidaridad. Se trata entonces de abrir vías, a la vez que generar los medios para que no se quede por fuera, o se escape, ninguna dimensión importante que nos interesa que el ser humano cultive. Se ha de buscar o fomentar un ser humano que enfrente con denuedo y alegría los retos de la ignorancia y la injusticia. Todo ello porque si descuidamos la solidaridad entonces hablamos de una abstracción, de un ser humano objeto de pensamiento pero no de aspiración a vivir cada vez mejor; y, ocurre que la belleza de una estatua sustituye la fealdad real.

En consecuencia, el desarrollo del espíritu crítico -entendida la crítica como análisis y evaluación- es decisivo para entender el conflicto a que se enfrentan las aspiraciones humanistas mientras la economía, la política y la cultura no se reorienten a la búsqueda de lo común, de lo que nos une, de lo que nos propulsa a ser mejores y competir en buena lid por la excelencia.

A menudo la escuela señala la importancia de la autonomía, de la solidaridad; pero, la organización de la sociedad apunta en direcciones contrarias a tales valores. Por ello, es menester alimentar la capacidad para enfrentar el conflicto, para pensar a partir de él, para buscar la dimensión generadora de nuevas respuestas que eticen la convivencia social para que las metas no sean una economía sana sostenida sobre espaldas enfermas, o una cultura que se solaza en la contemplación de sí misma, o un orden construido sobre apatía o falta de participación.

También se ha tornado urgente el rechazo de los prejuicios cómodos, o los prejuicios reconfortantes, que nos hacen creer que nuestra sociedad, nuestro sistema político, nuestras costumbres, nuestra forma de hablar la lengua, nuestro grupo, nuestra iglesia, nuestras creencias, nuestro régimen de propiedad,

nuestra forma de educar, son superiores por el mero hecho de ser nuestras. Poner en cuestión lo propio supone un buen nivel de valentía y entereza intelectual que no surgen espontáneamente. Ahora bien, para ello se necesita un buen nivel de tolerancia inteligente con lo propio y lo ajeno, tolerancia que sin embargo, supone muchas veces la lucidez para dejar atrás, renunciar, para modificar y adoptar formas de vida y respuestas propias o ajenas (que una vez ponderadas se perfilan como de mayor fertilidad). No cabe duda lo imprescindible que se vuelve desfanatizar los enfoques.

En este sentido es necesario optar por una educación que incluya entre sus tareas aclarar que las diferencias étnicas, sexuales, religiosas, económicas no tienen por qué ser óbice para la aceptación de la igualdad en dignidad de los seres humanos. Aún más, las diferencias pueden hasta estimularse mientras se den en un contexto de tolerancia, en el que la diferencia sea riqueza, pluralidad, y no discriminación, ni exclusión o relegamiento.

También le corresponde la tarea de analizar y evaluar el fundamento y el sentido de las diferencias para ver cuáles merecen conservarse, cuáles de ellas enriquecen una idea de diversidad genuina - no solo es deseable e imprescindible la biodiversidad sino también la culturodiversidad -, cuáles fomentan el espíritu de tolerancia y cuáles de exclusión.

No obstante, es difícil educar para la democracia mientras la escuela, la familia, la iglesia, la fábrica se manejan como cuarteles¹. Por ello es urgente garantizar las condiciones para que el estudiante adquiera la suficiente madurez como para emprender la tarea de pensar por cuenta propia y actuar en concordancia. Estimular la autonomía y las capacidades críticas sin descuidar la solidaridad, es un reto que se le presenta a una educación que tome en serio la perspectiva humanista. La generación de autoestima y confianza en las capacidades propias proveen las bases para aspirar a una sociedad que enfrente con lucidez y valentía los variados desafíos que se presentan.

Por supuesto que los educadores han de convencerse de que tal tarea merece el esfuerzo y el tiempo. Posiblemente, también traiga como consecuencia el replanteamiento de la organización del sistema educativo para que permita una mayor participación y la asunción de la responsabilidad personal, sin las cuales seguiríamos en la concepción cuartelaria de la educación. Tal concepción es eficaz si lo que queremos es enseñar a alguien a recibir y obedecer órdenes sin examinar los funda-

mentos y la pertinencia de éstas. Si, por el contrario, se busca un ser humano con iniciativa, autoestima, autonomía, entonces es preciso estimular la participación en la toma de las decisiones y la búsqueda conjunta de respuestas.

En concordancia con lo anterior, se ha vuelto urgente capacitar a los seres humanos para que dispongan del conocimiento que les garantice el acceso lúcido a los condicionamientos de diverso tipo (culturales, históricos, geográficos, económicos, entre otros) que pesan sobre sus anhelos, aspiraciones, valores y criterios. Se trata, entonces, de poder elevarse respecto del medio y poder evaluarlo, reconociendo lo que hay de genuino y universalizable y lo que hay de espúreo y rechazable. Es necesario llevar a cabo un estudio crítico de nuestra cultura para comprender como funciona, cuáles son sus conflictos, cuál ha sido su evolución, cuáles sus perspectivas, su grandeza y limitaciones. Se renuncia, por ello, a ser pasivos respecto de ella. Tal estudio ha de hacerse en el contexto de un diálogo intercultural mediante el cual han de descubrirse los rasgos de otras culturas que merecen adoptarse y adaptarse. Es esta una concepción de cultura viva y no de una acabada y cerrada. Semejante proyecto ha de ser consciente si lo que se persigue es educar para la democracia.

Como consecuencia es preciso poner los esfuerzos para generar las prácticas, formas de pensamiento e instituciones que potencien la libertad a la vez que posibiliten una sociedad sin excluidos de los bienes de la razón y de los bienes materiales. En suma que generen desarrollo. Se hace necesaria una incursión sobre el concepto de desarrollo, tarea que hacemos a continuación.

Ahora bien, el desarrollo tiene que ver con mejor acceso a la tierra, con participación en el proceso de la toma de decisiones, con la eliminación de la tortura, con la protección a los grupos vulnerables, con la cura de enfermedades, con la libertad de crear, de escoger, de vivir, con la eliminación de grados denigrantes de pobreza, con el mejoramiento de la calidad de vida, con una distribución equitativa de la riqueza, de las oportunidades, de los beneficios, del poder. Ningún bienestar de los grupos afortunados justifica el desposeimiento de los otros. De la riqueza es preciso que todos participen para que no haya empobrecimiento humano, para que no haya pérdida de potencial humano invaluable.

Esta concepción del desarrollo reconoce que el dolor ajeno es en algún sentido causa de nuestro sufrimiento, así como su bienestar es parte de

nuestra alegría. Empero, no solo ha de buscarse el individuo solidario, capaz de gozo solidario, sino que ha de procurarse una sociedad solidaria que proteja a sus miembros de las amenazas comunes. Sociedad que genere los mecanismos que posibiliten el florecimiento del ser humano sin menoscabo de grupos, sin menoscabo de la naturaleza.

El vínculo del desarrollo con la calidad apunta a las dimensiones claramente éticas del desarrollo: gozo de vivir, disfrute real de derechos básicos, posibilidades de creación cultural, económica y política, trabajo creativo y no meramente productivo, seguridad personal y comunitaria, amistad, amor, intimidad, tiempo libre sin reloj.

El desarrollo pasa por la satisfacción de las necesidades básicas: trabajo, recreación, salud, educación, vivienda. Es importante, en consecuencia, la búsqueda lo más lúcidamente posible de formas de convivencia más vinculadas con las necesidades genuinas del ser humano, en un contexto que a su vez tome en cuenta las necesidades de lo no humano. Se aspira lograr un mundo en el cual el disfrute de la calidad de vida sea la regla, en el que se pueda compartir la alegría de vivir, la generosidad y la libertad. Un mundo donde la vida no esté en otra parte.

Ahora bien, las necesidades humanas sociales han de ser especificadas en un diálogo ético que incluya la mayor cantidad de dialogantes y ha de llevarse a cabo a la luz del mejor conocimiento y las mejores vías de acción sobre la realidad. La satisfacción de necesidades se orienta a que el ser humano despliegue sus potencialidades positivas.

Nuestro enfoque no tiende a convertir ninguna actividad humana social en un fin en sí misma porque es consciente que lo esencial es el ser humano que se busca forjar. Por ello, el autoritarismo, el dogmatismo, el fanatismo en el campo que se dieran, o el racismo, el sexismo, el etnocentrismo son decididamente antihumanistas.

También es necesario tener presente que a menudo se insiste en el individuo con menoscabo de la comunidad, o se insiste en la comunidad con menoscabo del individuo. Es como si se dijera el individuo contra la comunidad o la comunidad contra el individuo. ¿Por qué no pensar - a pesar de las dificultades - en una individualidad robusta inserta en una comunidad sana? ¿por qué no pensar - a pesar de las dificultades - en una comunidad fuerte que

estime la individualidad relacional?. En otras palabras, se torna necesario repensar la individualidad para que no falte a la solidaridad o no atente contra ella; asimismo, repensar la comunidad para que no mine la individualidad capaz de hacerla avanzar. Tal proyecto recoge las dimensiones aportadas por el individuo que se sabe perteneciente a algo que lo supera y por una comunidad orientada a forjar individuos independientes y creadores.

“Es un ejercicio vano, si es que no hipócrita, el hablar en una forma retórica acerca de la dignidad humana a menos que uno construya estructuras sociales que promuevan la dignidad humana y elimine lo que la impide: enfermedades endémicas, pobreza crónica, un sistema injusto de tenencia de la tierra, la ausencia de poder político”².

Una visión humanista tiene por delante el difícil proyecto de radicalizar la tolerancia, de que la inteligencia sirva a los intereses comunes de la humanidad y no a la brutalidad y la destrucción, de que la cooperación se vea como una necesidad, de que la libertad se vincule a la justicia, de que convirtamos el planeta que compartimos en nuestra casa (paso de la ecología a la ecofilia), de que nuestra humanidad nos permita reconocer que formamos parte de un gran equilibrio, de que el progreso del conocimiento vaya acompañado de progreso humano, de que no se nos ofrezcan felicidades futuras a cambio de sacrificios presentes, de que ya no se trafique con sueños.

Por todo ello, la manera de remozar el humanismo es tomando en cuenta la mayor cantidad de dimensiones que actúan sobre el ser humano y le dan textura a sus opciones y teniendo presente que “no es difícil escribir sobre el hombre y sobre el humanismo. Lo difícil es vivir de acuerdo con convicciones humanistas”³.

Notas

1. Ferrater-Mora, José. *Ventana al mundo*. Barcelona: Anthropos, 1986:109-113.
2. Goulet, D. “Tareas y métodos en la ética del desarrollo”. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XXVII (66), 1989:299.
3. Bunge, M. *Ética y Ciencia*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1976: 90.